



aproximaciones diferentes de cómo conocer, actuar, vivir y sufrir el cuerpo.

En **Límites y negociaciones de género**, se busca, según Gloria Garay y Mara Viveros, “*identificar las líneas que separan, diferencian, sitúan, determinan, codifican, distinguen y circunscriben los ámbitos sociales de varones y mujeres*”, tratando fundamentalmente estudios sobre masculinidades y su incidencia en la construcción de nuevas identidades, trascendiendo la lógica binaria de género, al incluir incluye reflexiones sobre culturas gay, stripper, travestis, transformistas y drag queens, así como el papel de las mujeres en dicha construcción, focalizando el análisis en las alteraciones producidas en las relaciones entre los géneros.

La última parte, **Cuerpo, significados y territorios**, desarrolla algunas relaciones que se pueden establecer entre el cuerpo y el territorio como el papel y el significado de las parteras entre los paíces, los nexos que establecen entre cuerpo, salud-enfermedad y territorio los indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta y los mineros del carbón de la Jagua de Ibirico; por último, la forma como se asumen y comunican con su cuerpo los jóvenes integrantes de los parches en la ciudad de Bogotá.

El libro seduce, invita a la duda, la deconstrucción, la subversión de las dicotomías genéricas, de la universalización del modelo avasallante del poder sobre otras y otros, en donde las diferencias son asumidas como sustento de desigualdades y exclusiones. Permite que el cuerpo sea atravesado por múltiples y variadas miradas, problematizando lo único y singular. ♦

El Anatomista

Federico Andahazi; Editorial Planeta, 1997.

Reseña de Nayibe Peña Frade

El misterio oscuro de lo femenino

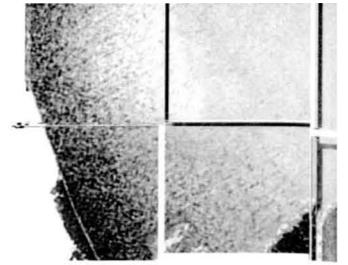
Aunque en “El Anatomista”, Federico Andahazi narra el descubrimiento anatómico que fundó una nueva mujer, es una novela sobre los hombres de

un tiempo histórico específico. ¿Qué podría decir un anatomista del Renacimiento, regente de la cátedra de cirugía de la Universidad de Padua, sobre las mujeres? Más aún: ¿sobre las prostitutas y las santas, que eran las únicas que conocía?

Esta novela bosqueja el Renacimiento en cuatro ciudades italianas: Padua, Venecia -donde tres cosas sobraban: nobles, curas y pederastas-, Florencia y Roma. Describe los vestigios religiosos de una Edad Media que se resiste a morir y el erotismo festivo de una era que está comenzando. Por sus páginas desfilan un decano intrigante, un supremo tribunal de la inquisición, un proceso por brujería, un Papa que se muere y una mujer virtuosa que erigió un monasterio y se dedicó a servir a la hermandad monástica y a los pobres para expiar la culpa de no haber tenido un hijo varón.

Desfilan también Mona Sofía, la prostituta más hermosa, sensual y espléndida de Venecia, Occidente y el mundo de los burdeles, de los más caros y exquisitos a los más degradados y malolientes. Andahazi describe el proceso de formación de las niñas destinadas a ser prostitutas, la dieta con la que se alimentaban, los cuidados de sus cuerpos, su educación moral y religiosa y la orientación de su conducta. El proceso estaba encaminado a solucionar “los dos misteriosos problemas con los que debe lidiar un maestro de putas: el amor y el placer”. Había que prohibirlos porque “la inversión era demasiado grande y paciente como para que, un buen día, la ingrata se marchara enamorada detrás del algún hombre”.

La educación y función de las prostitutas y los burdeles estaban fundamentados en la concepción aristotélica de las mujeres y los hombres. “El hombre es quien da el alma a la cosa. La mujer proporciona el sustento material en su sangre, la corporeidad, la carne que envejece, corrompe y muere. La mujer suministra siempre la materia y el hombre el principio creador”. Las escuelas para prostitutas eran instituciones renacentistas “tan prestigiosas como cualquiera de las numerosas escuelas de pintura de la península. De hecho la *Scuola* recibía un subsidio del Ayuntamiento y cada una de las pupilas tenía el rango de funcionaria pública”. Las prostitutas adornaban las cortes y



cautivaban el corazón de monarcas y arzobispos. En honor a ellas se levantaron los palacios más fastuosos de Venecia.

Por la novela también pasan la Antigüedad, lo Bello, lo Bueno y lo Verdadero. Todo visto y descrito a través de Mateo Colón, hombre de 42 años, cirujano y farmaceuta, el anatomista más respetado de toda Europa, exponente del renacimiento “hijo de la plástica, de la gala y el ornamento”, dibujante de mapas anatómicos y retratos. Mateo Colón encarna la racionalidad científica moderna para la cual no hay nada incognoscible o inexplicable, que formula preguntas directas a la realidad y a través de un método busca las respuestas. En él se concreta una forma de argumentación objetiva y empirista que se enfrenta a otra escolástica y limitada cuyo referente es un mundo dado e invariable. “La ciencia no revela la Verdad. Es apenas una tibia llama que alumbra la letra de Dios. La ciencia está por debajo de Dios y para hacer comprensible la Verdad. A nosotros los fieles nos basta creer por la fe, pero es imposible que los infieles lleguen a persuadirse de la Verdad si por Razón no se les convence”, decía la Comisión de Doctores que juzgó al anatomista.

Pero Mateo Colón “llevaba su nombre como quien carga un lastre; ¿cómo evitar el forzado cono de sombra al que lo sometía la memoria de su ilustre tocayo genovés? Mateo Colón estaba condenado a la parodia, a la burla fácil de sus detractores”. Tenía prestigio pero no poder.

El anatomista develó algo que debía mantenerse por siempre ignorado. “El norte que lo condujera hasta su descubrimiento no era ni una premisa teológica -tal como la había presentado-, ni una ambición de saber filosófico -como la había fundamentado-, ni siquiera un afán de revolucionar la anatomía -como, a su pesar, lo había logrado-. La fuente de su descubrimiento no era otra que un amor fracasado: Mona Sofía”.

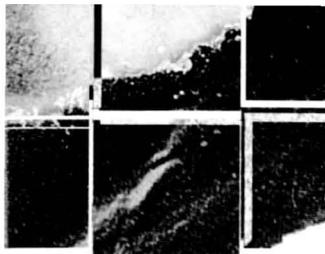
Mateo Colón conoció a Mona Sofía en Venecia, cuando tenía 15 años y ya era una mujer adulta y experimentada y la prostituta más cotizada de Venecia. Se enamoró de ella y empezó a frecuentarla para hacer su retrato. Mona Sofía le cobraba su tarifa por una hora: 10 ducados. Cada día Mateo le declaraba su amor, le proponía irse con él y

convertirse en su esposa; ella se limitaba a dejarse adorar, esperar que se cumpliera la hora y cobrar su paga. Lo único que le decía era “tu tiempo se acabó”. El fin del retrato, al que llamó Mujer Enamorada, coincidió con el fin del dinero de Mateo Colón y su obligado regreso a la Universidad en Padua.

Mateo se obsesionó con lograr el amor de Mona Sofía, pretendió utilizar sus conocimientos de farmaceuta para elaborar un preparado que pudiera apropiarse de la volátil voluntad de las mujeres. La lógica de Paracelso lo arrojó a una descabellada peregrinación: “¿Cómo puede nadie curar las enfermedades de Alemania con medicamentos que Dios colocó a orillas del Nilo?” Buscó las raíces de la mujer para encontrar la especie vegetal que le diera su amor. Llegó hasta Grecia pero no pudo entrar a Córcega, verdadera cuna de Mona Sofía y de donde fue robada a su madre cuando apenas tenía dos meses.

A su regreso a Padua los servicios de Mateo Colón fueron solicitados en Florencia, la salud de Inés de Torremolinos, virtuosa mujer, benefactora de una abadía, se deterioraba sin que nadie supiera el origen de su enfermedad. “El espíritu de Inés se había tornado progresivamente, sombrío y pesimista; se replegó en un mundo oscuro y tormentoso. Se sentía acechada por la muerte. Padecía de interminables insomnios en cuyo tenebroso curso su corazón parecía querer salirse del pecho, sufría de penosos ahogos, Poco a poco, a causa de los vértigos que parecían aflojar el piso debajo de sus pies, Inés decidió refugiarse definitivamente en su cama a esperar lo que Dios dispusiera”.

Cuando la examinaba, desnuda e inconsciente, Mateo Colón descubrió en ella un órgano del que no tenía noticia. “Llevado por la pura intuición, el anatomista tomó entre el índice y el pulgar aquella innominada parte y, con el índice de la otra mano, empezó a frotarlo suavemente... Todo el cuerpo de Inés se conmovió en una gran convulsión”. Mateo estaba intrigado con aquel pequeño órgano que se comportaba igual que un sexo masculino. “¿Se hallaba frente a una monstruosidad de la naturaleza o, como sospechaba, tenía ante sí el más increíble descubrimiento de la misteriosa anatomía femenina?”



La secuencia de sus hipótesis, de la terapéutica y de los resultados sobre la enferma quedaron debidamente consignados en un diario.

Regresó a Padua dejando a doña Inés de Torremolinos en perfecto estado de salud. Examinó a 107 mujeres, entre vivas y muertas, y comprendió que lo que tenía Inés entre sus piernas no era una monstruosidad. Comprobó los efectos que producía su adecuado y sapiente frotamiento. El 16 de Marzo de 1558 entregó al decano de la Universidad un libro con su descubrimiento, llamó al pequeño órgano el Amor Veneris. El 28 de Marzo comenzó el proceso contra él por satanismo y brujería. El decano creía que “el descubrimiento que se arroga no es más que un diabólico embuste. ¿De qué otra forma puede llamarse al pretendido Amor Veneris? El acusado se atribuye haber encontrado el órgano que gobierna la voluntad, el amor y el placer en las mujeres, como si la voluntad del alma y el placer del cuerpo pudieran ponerse en pie de igualdad”.

“Presentar una tesis sobre el cuerpo implica, por fuerza, otra acerca del alma”, así inició Mateo Colón su defensa; dividió sus argumentos en 19 partes que abarcaban la fisiología del cuerpo humano, el amor y el pecado, el alma, la moral, el apetito sexual, la génesis de las mujeres y la diferencia entre el Amor Veneris y la verga masculina. Este científico estaba convencido de que “el único camino que nos conduce a la comprensión del comportamiento de las mujeres ha de ser el de la anatomía, como resultado de mis extensas investigaciones he podido acceder al descubrimiento de un órgano existente en la anatomía femenina que cumple funciones análogas a las del alma de los hombres... Me atrevo a decir que si podemos explicar el funcionamiento de este órgano podremos, por fin, explicar el oscuro proceder femenino”.

“La mujer se halla gobernada por la influencia del Amor Veneris y todas sus acciones, desde las más nobles hasta las más repugnantes, desde las más dignas y honrosas hasta las más viles y despreciables no encuentran más fuente que el órgano que os he mencionado... La mujer no es dueña de su proceder sino esclava de los arbitrios del Amor Veneris, no a otra cosa atribuyo su

fragilidad moral”. Concluye que “el Amor Veneris no sólo posee vida, voluntad e inteligencia propia, sino que, además, éstas son las que guían el proceder del ser que este órgano lleva alrededor”, es decir, de la mujer. De todo esto resulta que “es el hombre quien debe conducir a la mujer por el camino de la virtud”.

Mateo Colón es declarado inocente pero su obra condenada al silencio, pasa a formar parte de los libros prohibidos, a su autor se le exige jurar que jamás divulgará su hallazgo. Pero Mateo rompe su juramento dos veces: le escribe una carta a Inés de Torremolinos y le pide al Pontífice Paulo III, quien se ha convertido en su paciente, que levante la interdicción sobre *De re anatómica*, su libro. Mateo Colón, el médico más afamado de Europa, es llamado al Vaticano cuando el Papa agoniza; su reputación aumenta porque logra mantener la vida de Paulo III por algún tiempo. Consigue poder y dinero pero se ve obligado a huir de Roma cuando el Papa elegido después de la muerte de Paulo III resulta ser el cardenal que lo había juzgado.

No volvió a Padua sino que fue a Venecia a buscar a Mona Sofía, poseía, al fin, el secreto que lograría que lo amara. Mientras tanto, Inés de Torremolinos, en cuyo cuerpo el anatomista halló la sede del amor y el supremo placer de las mujeres, torció por completo el rumbo que la llevaba a la santidad pero se hizo dueña de su propio corazón y liberó a más de mil quinientas mujeres que ya nunca habrían de padecer amor ni ser esclavas del placer.

“El anatomista”, la novela del argentino Federico Andahazi, se sitúa en la frontera de dos épocas y de dos concepciones de lo femenino. La mujer al fin empezaba el tránsito que la sacaría de la categoría de bruja: “la que hace mal a otra; la que muestra intento dañino; la que mira de reojo; la que mira de frente con desenfado; la que sale de noche; la que cabecea de día; la que anda con ánimo triste; la que ríe con exceso; la disipada; la devota; la espantadiza; la valerosa y grave; la que confiesa con frecuencia; la que jamás confiesa; la que se defiende; la que acusa con el índice; las que poseen conocimientos de sucesos lejanos; las que conocen los secretos de las ciencias y las artes; las que hablan diversidad de idiomas”. ♦